

JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ GALERA

LA EDAD DE LAS NUECES



**LOS NIÑOS
EN EL
IMPERIO
ROMANO**

Prólogo de
GREGORIO LURI

José María Sánchez Galera

La edad de las nueces

Los niños en el Imperio romano

Prólogo de Gregorio Luri



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2021

© del prólogo: Gregorio Luri

© Imagen de portada: Muñeca articulada de marfil. Museu Nacional Arqueològic de Tarragona (inv. MNAT P-12906). Fotografía de R. Cornadó

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 79

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-057-4

Depósito Legal: M-4523-2021

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	13
INTRODUCCIÓN.....	19
I. ASPECTOS PRELIMINARES.....	23
II. LA INFANCIA EN LA ROMA CLÁSICA GENTIL ..	29
La familia y el hogar.....	33
La esposa romana.....	34
Clases sociales.....	43
Nacimiento.....	49
El abandono de recién nacidos	54
Los bebés.....	60
Los años previos a la escuela	70
Los juegos y los dulces	85
Pasteles y recuerdos.....	99
La educación y la escuela.....	103
El precedente: Grecia.....	103
Los inicios y el carácter romano	115
Escuelas y profesores.....	121

Disciplina: contenido y continente	133
Estado, sociedad y escuela	136
Un modelo educativo universal	143
Los niños y la calle	150
El trabajo	161
Niñez y adolescencia.....	170
Toga pretexta.....	174
Rebelde adolescente.....	180
Desarrollo sexual.....	186
La pederastia	193
Los griegos, la pederastia y la homosexualidad.....	193
Roma y sus ambigüedades	201
Poesía latina homoerótica	205
La muerte de un niño.....	211
Persistencia en la memoria	217
Piedad y dolor	223
III. LAS TRANSFORMACIONES	
EN LA ROMA CRISTIANA.....	235
Los niños en el Antiguo Testamento y en el Evangelio.....	244
Nuevo concepto de familia y de mujer	250
La esposa cristiana	256
Una paternidad distinta.....	261
La Navidad.....	268
25 de diciembre	276
Orfanatos en vez de abortos	280
Cristo, el verdadero maestro.....	294

El legado clásico	304
La ternura en la literatura cristiana.....	314
Los niños, modelo ante Dios	326
Paulino de Nola y su hijo Celso.....	329
Los niños van al Cielo	334
Ausonio.....	339
IV. CONCLUSIONES	345
AGRADECIMIENTOS.....	349
ABREVIATURAS Y SIGLAS	351
ÍNDICE DE NOMBRES.....	363
BIBLIOGRAFÍA	369
Créditos de las imágenes.....	408

A mis profesoras de Latín

«Reparte nueces entre los niños, inepto mozo de alcoba;
ya te has divertido bastante tiempo con las nueces»
Catulo, 61:131-133

«los fenicios sacrificaron sus hijos [a Saturno],
cosa que los romanos no admitieron»
San Agustín, *civ.* 7.26:7

PRÓLOGO

DE TE FABULA NARRATUR

Una mirada autobiográfica

Me ha ocurrido algo curioso con este magnífico libro de José María Sánchez dedicado a la infancia en Roma: que he encontrado en sus páginas algo de mi biografía.

Nací en 1955 y tengo dos nietos que, como es obvio, están mucho más próximos a mí de lo que pudiera estarlo cualquier niño de la Roma de Augusto y, sin embargo, en no pocos aspectos, mi infancia está más próxima a la del niño romano que a la de mis nietos. En lo que a mí concierne, José María Sánchez Galera ha dado pleno sentido a aquellas palabras de Horacio (*Sátiras*, I,1, 69): «Quid rides? Mutato nomine de te fabula narratur». Es decir, «¿De qué ríes? Si cambias los nombres de los niños, esta historia habla de tu infancia».

Quizás los lectores jóvenes, que son hijos de un tiempo que ha roto tantas amarras con el pasado, puedan creer que este libro trata de tiempos remotos. Pero eso solo indicaría lo lejos que están de la infancia de sus abuelos.

Hay dos maneras muy distintas de enfrentarse a la historia que muestran, en realidad, dos maneras muy distintas de entender las permanencias antropológicas. Y esta no es una cuestión arqueológica, sino que tiene que ver con las maneras de habitar el presente.

Primera forma de mirar al pasado

La primera forma de mirar al pasado es propia de quienes piensan que eso que llamamos hombre es un artificio para armar y que cada momento histórico y cada cultura lo arman a su antojo y manera. Es decir, que el hombre es un constructo social. Ciertamente, si este constructivismo fuese coherente, se aplicaría su medicina a sí mismo y se vería también como un constructo social.

Bajo esta perspectiva, eso que llamamos niño recogería una gran diversidad de maneras de construir la infancia a lo largo del tiempo que reflejarían la relación entre las prácticas de crianza de cada momento y las relaciones de eso que llamamos adulto con los niños. Esto no significa que no dispondríamos de criterios objetivos para comparar a dos niños de distintas épocas o culturas. Serían entre sí inconmensurables. Sin embargo, el historicismo se empeña en ver la historia como el camino que ha recorrido la humanidad para llegar a su meta, que sería la conciencia historicista de la historia; o sea, el presente.

Ante una afirmación encontrada en un texto antiguo, el historicismo no se pregunta si es verdadera, sino en qué punto del recorrido de la humanidad hacia el presente se encuentra. Esta visión de las cosas empujó a Zhdanov a postular la necesidad de reescribir toda la historia de la filosofía occidental, dado que los griegos habían cometido el inmenso error de no haber sabido dar forma premarxista a su pensamiento cuando era evidente que eran premarxistas.

Bajo esta perspectiva, el niño es un constructo histórico cuyo destino histórico ha sido llegar a la Declaración Universal de los Derechos del Niño (1959) y a la Convención sobre los Derechos del Niño (1989). El niño habría alcanzado, por fin, su destino: el de ser como nosotros concebimos la niñez.

La tesis de la construcción social de la infancia ha tenido su principal profeta en el francés Philippe Ariès¹. Aunque su metodología

¹ *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Taurus, Madrid 1987 (v.o. 1960).

ha sido ampliamente criticada con argumentos convincentes, su tesis sigue en pie: la infancia, tal como la concebimos hoy, habría comenzado a construirse en el Renacimiento, con una incipiente diferenciación entre el mundo de los niños y de los adultos, que culminaría en el XVIII con Rousseau y la Modernidad. Algunos autores contemporáneos consideran que al proceso de afirmación de la infancia aún le falta una etapa fundamental: la de la liberación completa del niño de la tutela del adulto. De hecho, si la infancia es una construcción, ¿quién puede saber lo que nos deparará el futuro?

A mi modo de ver, la visión progresista de la historia del niño se enfrenta hoy a un fenómeno tan inquietante como nuevo: el creciente miedo al futuro que está sustituyendo al optimismo histórico, sin que ello suponga crítica alguna al historicismo. Observen a los niños. Los diagnósticos de trastorno de ansiedad en la infancia no paran de crecer. Como los niños se muestran inseguros, los padres los privan de un control significativo sobre sus propias vidas. Los sobreprotegen para librarse de la angustia que les causa su angustia y así los fragilizan más. Hemos dejado a los niños sin posibilidad de vivir experiencias aventureras. La prueba de ello está en sus rodillas impolutas. Son la primera generación de la historia con las rodillas sanas, porque carecen de espacios en los que jugar libremente sin la supervisión de los adultos. ¿Qué niño se ha construido hoy una casa en un árbol? Y un niño que no ha corrido nunca el riesgo de romperse un brazo ¿ha tenido infancia? ¿Se han dado cuenta de que cada vez se les retira más tarde el pañal? La misma escuela los está educando en el recelo hacia el futuro. Ha sustituido a Rousseau por Greta Thunberg. Nuestros adolescentes tienen hoy más tiempo libre que ideas sobre cómo vivirlo. ¿Qué abuelo puede hoy reconocer su infancia en los juegos de sus nietos?

Sorprendentemente, mientras el progresismo se va haciendo timorato, más seguridad muestra en que el hombre, comenzando por su género, es un constructo social.

La segunda mirada: las permanencias

Recupero mi sorpresa inicial, ¿si la infancia es una construcción social, por qué me siento tan cerca de muchos de los niños que aparecen en este libro de historia? Aceptar la legitimidad misma de la pregunta ya me coloca en la segunda perspectiva histórica. Histórica, no historicista.

Si el historicismo contempla el desarrollo histórico exclusivamente desde el presente; la perspectiva histórica contempla el presente desde el pasado, y no se pregunta qué tiene tal o cual personaje de predecesor, sino cómo se comprendía a sí mismo. La relevancia de esta orientación se pone de manifiesto cuando, por ejemplo, al intentar comprender a Platón tal y como se comprendía a sí mismo, descubrimos que hallamos en él posibilidades de entendernos cabalmente a nosotros mismos. Si esto ocurre, el historicismo no puede ser verdadero porque habría permanencias antropológicas que, de una u otra manera, me hacen contemporáneo de Platón.

Y así llegamos a lo importante. Escribe José María Sánchez que «la perspectiva que asume este libro consiste en procurar reflejar qué era un niño, según la sensibilidad y mentalidad de los propios antiguos». José María Sánchez es un humanista que sabe muy bien que nada humano nos es ajeno, y yo soy un abuelo jubilado que ha encontrado en el reflejo de su escritura aspectos propios de su infancia.

Entiendo perfectamente la ternura de los padres que lloran la pérdida de un hijo, al maestro que tiene problemas de disciplina que no sabe cómo resolver, al niño que le gusta jugar... Todos hemos conocido un Orbilio y yo, que acabo de publicar un libro titulado *La escuela no es un parque de atracciones*, tengo que sonreír ante el lamento de un personaje del *Satyricón* recogido en estas páginas: «Ahora en la escuela los chavales se divierten».

No me cuesta ningún esfuerzo comprender a Columela cuando decía que los niños pueden encargarse de tareas menudas en el campo, porque los niños de mi edad criados entre tareas agrícolas asumíamos esas áreas con la mayor normalidad.

No niego, en absoluto, la existencia de cambios históricos. Lo que digo es que la comprensión del horizonte de las cosas humanas no se ve afectada, en contra de lo que supone el historicismo, por los cambios obvios en el horizonte científico y tecnológico.

Permítanme que les muestre un diálogo entre un padre y su hijo adolescente:

—¿De dónde vienes? —pregunta el padre.

—De ningún sitio —contesta el hijo.

El resto del «diálogo» es tan trivial que a cualquier padre con un hijo adolescente le resultará familiar. No parece, pues, que sea un diálogo digno de ser puesto como ejemplo de nada... a no ser que su misma trivialidad sea ejemplar. Y, efectivamente, esto es lo que ocurre, pues el diálogo se encuentra en una inscripción sumeria que tiene como mínimo 3.700 años de antigüedad. Si el arqueólogo que lo tradujo tenía un hijo adolescente, bien pudo sentirse identificado con la continuación de la inscripción:

—Déjate de tonterías, vete ahora mismo hacia la escuela y preséntate a tu maestro. Espero que tengas los deberes bien hechos y que no haya ninguna queja de tu comportamiento. Cuando salgas de la escuela, ven directamente a casa sin entretenerte por las calles. ¿Me has entendido?

—Sí. Sí que te he entendido. Si quieres, te lo repito.

—Pues ya me lo puedes repetir.

—¿Qué te piensas que no te lo puedo repetir?

—¡Venga, empieza!

—Lo haré cuando quiera.

—¡Venga!

La discusión continúa en este tono durante diecisiete tablillas y varios fragmentos.

Terminaré reconociéndole al autor otro indudable acierto al señalar algo de una enorme relevancia y a lo que, sin embargo, no se le suele dar mucha importancia en los ensayos modernos sobre la historia de la infancia. La Navidad. Hay, sin duda, abundantes

estudios sobre las modificaciones que el cristianismo comporta en la concepción de la infancia, la educación o la familia, pero la Navidad es la lección mayor. Dicen que el soberano no depende de nadie, pero los Evangelios nos muestran que el verdadero soberano es el que decide qué estrella quiere seguir y, entre todas las posibles, elige la que le lleva a arrodillarse ante un recién nacido.

Este es un ejercicio que debe ser recordado porque nunca está asegurado. Por eso la Navidad retorna cada año. Y, si dejamos de ser receptivos a su retorno, se habrá olvidado. Por eso me parece necesario recordar que el creador de «las escuelas libres», el pedagogo alemán Gustav Wyneken (1875-1964), autor de *Pädagogischer Eros*, terminó en la cárcel en 1921, acusado de pederastia, pero su eros pedagógico —al menos en su forma más platonizante— fue recogido por Paul Goodman en Estados Unidos y por Homer Lane (el mentor de A.S. Neill) en Inglaterra, y conoció un resurgimiento en el 68 entre la izquierda radical decidida a liberar sexualmente a los niños, aunque fuera contra su voluntad. Hubo escuelas en Berlín, como la Rote Freiheit, que se empeñaron firmemente en conseguirlo. Uno de los libros del momento, *Revolution der Erziehung*, de 1971, criticaba abiertamente la deserotización de la vida del niño. La historia no termina aquí. En 1985 Los Verdes, en su convención en Lüdenscheid, defendieron que una sexualidad «no violenta» entre los niños y los adultos debería estar permitida, sin restricciones de edad. Por supuesto la propuesta la defendieron unos adultos.

Gregorio Luri

II. LA INFANCIA EN LA ROMA CLÁSICA GENTIL



1. Busto infantil del s. III.

La idiosincrasia de la Roma gentil viene dada por una serie de aspectos, como su carácter conservador y apegado a la tierra, su tendencia cautamente integradora, su contacto con la cultura griega, y una serie de vicisitudes históricas que van desde la época de influjo etrusco hasta la incorporación de gobernantes hispanos,

sirios o africanos. En Roma, la importancia de la familia y del hogar era mucho mayor que en Grecia, y, en cierto modo, este ha sido uno de sus rasgos no sólo más definatorios, sino más influyentes en la civilización occidental. La familia representaba de manera clara el origen de la sociedad y del Estado, pues de ella emanaban los caracteres esenciales de la constitución política romana, así como un notorio talante piadoso, moral y religioso. Estos rasgos propios del tipo de familia romana determinaron la elaboración del Derecho romano y del modo como se entendían las relaciones sociales. Los senadores de Roma tomarán su nombre de la misma palabra que significaba viejo (*senes*), y también recibirán la denominación de «padres».

Dentro de este contexto, los niños ocupan un papel creciente, al menos en cuanto que muestran en algunas ocasiones la ternura familiar, y en otras ocasiones la continuidad de las tradiciones y la estirpe. Por término general, se considera al niño como frágil e incompleto, un ser en espera de alcanzar la edad adulta. Sin embargo, desde el final de la República, ciertos poetas abordan la infancia con una mirada de ternura subrayada que contrasta con el tono general de la literatura y la sensibilidad antiguas. No se trata de una mirada del todo nueva, pero destaca el hecho de que adquiera mayor protagonismo y aparezca con frecuencia. Y, a la vez, dicha actitud o talante implica, de un lado, una alteración profunda de la autoridad absoluta del *pater familias* y, por otra parte, deja preterida la tolerancia hacia la efebofilia — e incluso pederastia — que llegó a existir en la Grecia clásica¹. Por tanto, aunque hay una serie de rasgos fijos, la valoración de la infancia es uno de los aspectos que va evolucionando de siglo en siglo dentro de la civilización romana.

Como se ha comentado, la perspectiva que asume este libro consiste en procurar reflejar qué era un niño, según la sensibilidad

¹ Marrou 1965, pp. 66-67; Dover 1989, pp. 5-6, 10, 12-14, 16; Gómez Espelosín 2014, pp. 190, 297, 594.

y mentalidad de los propios antiguos. Para entender cómo era la infancia en la Roma antigua, resulta fundamental aproximarse a las propias fuentes textuales antiguas y a sus restos materiales, co-tejarlos y analizarlos. Por ello, antes de entrar en materia, conviene echar un vistazo a algunas piezas arqueológicas. Por ejemplo, como modelos de hijos legítimos en la familia nuclear, en el Museo Arqueológico de Madrid se exhiben los bustos de un chico y de una chica, tallados con gran realismo, y con detalle incluso de los peinados de la época². En este mismo museo se encuentra el sarcófago de un niño con su retrato³ y figuras mitológicas que conforman una escena idílica de vida de ultratumba. En el Cleveland Museum of Art se muestra la estatua de una niña de unos cinco o seis años, con los rasgos propios de la fisonomía de esa edad: mejillas redondas y abultadas, y hombros estrechos y caídos⁴. El Musée de l'Éphèbe (Cap d'Agde, en Francia) cuenta con una estatua de Cesarión en bronce, de 75 cm, también moldeada con rasgos anatómicos infantiles⁵. El British Museum dispone de zapatos de niños romanos; uno abierto que se ata con cordones⁶, y otro cerrado, como un mocasín o pantufla⁷. La variedad de las piezas conocidas abarca también los hallazgos arqueológicos en Egipto, como la retratística infantil de las máscaras funerarias de Fayum⁸

² El busto del chaval es n° inv. 2756 (de mármol, del s. II, representa más bien a un adolescente con el flequillo largo), y el de la niña 2008/185/4 (de mármol, del s. III, representa a una jovencita).

³ El niño se representa togado, con un gesto de patricio adulto. Sin embargo, al aparecer sin pelo, podría tratarse de un niño muy pequeño. N° inv. 1999/99/185 (datado en el s. III).

⁴ N° inv. 103 Roman, 1951.288 (c. 250-275 d.C.).

⁵ N° inv. 2887. Datada en torno a los ss. I a.C., I d.C. Vid. Mille, Rossetti, Rolley 2012.

⁶ N° inv. 1935,1106.9 (ss. I-II, hecho de cuero). Mide 16 cm. de largo (equivaldría a un zapato de talla 25, que en la actualidad corresponde a un niño de cuatro a cinco años).

⁷ N° inv. EA4406 (procede del Egipto romano y está hecho de cuero). Mide 14 cm. de largo (equivaldría a una zapatilla de talla 22 o 23, que en la actualidad corresponde a un niño de dos a tres años).

⁸ El n° inv. UC36215 del Petrie Museum of Egyptian Archaeology (Londres) es el retrato de una niña con pelo corto, aretes de oro y un collar

y las túnicas⁹, e incluso calcetines de lana de varios colores. Estas piezas, entre otras muchas, permiten entender los textos, y viceversa: sin la consulta de las obras de los autores clásicos, no se conoce el adecuado contexto de los hallazgos arqueológicos o de la amplia variedad de inscripciones.

de oro con colgante. Viste túnica carmesí decorada con tiras de cuero negro. Indumentaria similar a la de una mujer que luce gargantilla y túnica púrpura con franjas negras y doradas (inv. UC38102 del mismo museo). En Pompeya hay frescos con retratos de niños.

⁹ Vid. Harlow 2017, p. 51, fig. 4.5 (túnica descubierta en Antinoópolis). Para conocer más detalles sobre la ropa de los niños romanos, vid. Dolansky 2008; Olson 2008; Harlow 2017.

La familia y el hogar

El término latino *familia* puede entenderse en su forma más nuclear o en su sentido más amplio, que incluye sobrinos y nietos, además de esclavos y libertos, y también hijastros o hijos adoptivos, e incluso hijos ilegítimos. Por tanto, los niños pueden formar parte de la familia en grados muy diversos, si bien esta variedad no implicaba siempre un trato o consideración diferente, como se aprecia en la literatura, en la escultura y pintura, en las inscripciones funerarias y en la legislación. Por ejemplo, en los relieves del Ara Pacis (Roma) aparecen niños con pelo largo y vestidos sólo con túnica —lo que los identifica como siervos— y también niños con pelo corto, toga y los tradicionales abalorios de amuletos —lo que implica que son hijos de familias nobles—; tanto unos como otros van cogidos de la mano de sus padres, madres o amos —algún niño se aferra al dedo índice del adulto, en un gesto de ternura sencilla—; asidos del pliegue de la toga de su padre o del manto de la madre; con la mano de algún adulto que les acaricia la cabeza. Se trata de situaciones muy comunes; el poeta Lucilio dice que los niños pequeños se agarraban a la cola de la falda sus honestas madres¹⁰. En todos estos casos, ya sean hijos legítimos o esclavos, los niños, sea cual su condición, reciben iguales gestos de cariño por parte de los mayores.

Este modelo familiar —amplio— se define por la mentalidad romana, que aúna jerarquía e integración. Se suelen enumerar, como valores esenciales de este orden, la *fides* (confianza, integridad, fidelidad), la *virtus* (coraje, fortaleza, rectitud, gallardía) y la *pietas* (piedad, respeto, afecto, veneración, cumplimiento de los deberes), que conlleva la *gratia* (condescendencia, gratitud, indulgencia, liberalidad), la *clementia* (benignidad, sosiego, misericordia) y la *sapientia* (prudencia, sensatez). La epigrafía muestra repetidos ejemplos de hasta qué punto estos valores eran muy apreciados. La familia, asentada en la tradición —los *mores*

¹⁰ Lucil. 565-566.

*maiorum*¹¹ —, edificada sobre los lares, manes, penates —los dioses y antepasados del hogar—, establecida en torno a la piedad, tanto religiosa como humana, tiene al padre de familia como autoridad eminente y clara. El resto de los miembros de la familia —cada cual en su cometido— complementa y se complementa; por tanto, se pide de cada persona su adecuación a un orden colectivo y al bien común. El paternalismo propio de la idiosincrasia romana se extiende a toda la estructura de obligaciones y derechos que depende del *dominus* o *pater familias*, y que abarca más que el mero parentesco directo.



2. Niños en un relieve del Ara Pacis (Roma).

La esposa romana

Según Cicerón, la naturaleza ha encendido en el hombre el afecto hacia la esposa, hacia los hijos y hacia aquellos con quienes

¹¹ Cf. Cic. *Tusc.* 1.2.

se mantienen obligaciones¹². Esa gradación resulta explícita, al indicarse el matrimonio como «primera comunidad», seguida de los hijos, después la casa —*communia omnia* «[donde] todo es de todos»—, y así, grado a grado, se llega a la República¹³. De esta manera, los valores esenciales de la cultura latina no equivalen a simple adustez o circunspección, aunque se reconoció durante siglos la capacidad del padre para aplicar una dura disciplina dentro del hogar. Esta ambivalencia de la figura del padre —que puede ser severo o afectuoso— da pie a que sea caricaturizado con frecuencia y de forma amable en la comedia, para reclamar su dimensión cariñosa. Visto así, se entiende mejor la inclusión de los castigos corporales como nota cómica, ya en Plauto, ya en Petronio¹⁴, pues la exageración del tortazo atempera su aplicación, rebaja su dureza. Y porque, según Cicerón, es mucho mejor gobernar siendo amado que siendo temido¹⁵.

Horacio expone estos mismos valores, al señalar que la sabiduría esencial consiste en conocer cuál es el deber para con la patria, cuál el deber para con los amigos, qué tipo de amor merece el padre, cuál amor merece el hermano, cuál el huésped; cuál es el cometido de un senador, de un juez, o de un general¹⁶. Su retrato de esa república ideal y antigua, que implícitamente se supone que era la virtuosa Roma ancestral, se lee en estos versos¹⁷:

*Existió antaño esta sabiduría:
separar los asuntos públicos de los particulares, lo sagrado de lo
[profano,
prohibir el amancebamiento, declarar el derecho matrimonial,
levantar murallas, grabar las leyes en tablas.*

¹² Cic. *off.* 1.12

¹³ Cic. *off.* 1.54.

¹⁴ Un cartel colocado en una jamba reza: «cualquier esclavo que salga, sin permiso del amo, recibirá cien azotes» (Petron. 28.7). Resulta tan exagerado, que produce risa —de bofetón y sal gorda, de ese humor tan romano—.

¹⁵ Cic. *off.* 2.23-24.

¹⁶ Hor. *epist.* 2.3:310-315.

¹⁷ Hor. *epist.* 2.3:396-399.

La castidad del matrimonio estaba tan valorada en la Antigüedad, que el adulterio podía penarse con la lapidación¹⁸ o la decapitación¹⁹. En el año 33 d.C. Sexto Mario, considerado el hombre más rico de España, fue arrojado desde la roca Tarpeya acusado de haber cometido incesto con su hija²⁰. El derecho romano resultaba severo en este tema²¹. Por eso, este pasaje de Horacio muestra el modelo ejemplar romano que, a pesar de una alta tasa de divorcios y de la crisis de la familia, centraba todos los esfuerzos por educar en valores tradicionales a los hijos, nietos, sobrinos²². En algunos epitafios se destaca la importancia del matrimonio de tal forma, que resta importancia a la edad de los fallecidos, para resaltar el número de años que los cónyuges vivieron juntos²³. Horacio insiste en el ideal de mujer casta e hijos legítimos²⁴. La poetisa Sulpicia del s. I d.C. pudo ser un modelo literario de amor casto y noble por igual para mujeres y hombres²⁵. Autores estoicos, como Séneca o Marco Aurelio, dieron gran importancia a la continencia sexual y a una vida conyugal moderada.

Esta estructura evolucionó de manera progresivamente favorable para la esposa y los hijos. La tragedia *Octavia* —falsamente atribuida a Séneca²⁶— expresa un conflicto que supone no sólo el ascenso social de la mujer²⁷, sino la mejor consideración de la

¹⁸ Eur. *Tro.* 1029-1041; Calímaco en *AP* 12.73:5-6; Ioh 8:1-11.

¹⁹ Hieron. *ep.* 1.3-7.

²⁰ Tac. *ann.* 6.19.

²¹ Cf. Tac. *ann.* 2.50, 2.85, 3.24. Las disposiciones al respecto, denominadas *Lex Iulia de adulteriis coercendis*, están recogidas en el *Digesto* de Justiniano (*Iust. Dig.* 48.5).

²² Vid. Harders 2010, pp. 50, 56, 63, 70.

²³ V.g. *CLE* 1991, 1993.

²⁴ Hor. *carm.* 3.5:41-42, 4.5:21-2.

²⁵ Vid. Mart. 10.35.

²⁶ Aunque se asume que se trata de una obra espuria, se entiende que fue compuesta o concluida por algún seguidor o discípulo suyo. Vid. Viveros 1998, pp. xlii-xliii; Boyle 2008, pp. xiii-xvi.

²⁷ Vid. García Moreno 1989, p. 139; Bauman 1994, pp. 4ss, 50, 215ss; Evans-Grubbs 2005, pp. xi, 5-6, 9, 270ss; Blázquez 2009, pp. 350ss; Rawson 2010, pp. 326ss; Harlow y Larsson Lovén 2012, pp. 12, 173-174.

mujer dentro de los ambientes cultos. La legislación romana irá desasiendo a las mujeres de la tutela masculina, de manera que las señoras pudieron, de hecho, disponer del patrimonio familiar, una vez viudas o incluso tras la muerte del padre. Por ejemplo, en un epitafio del s. II consta que Valeria Filete nombró heredero a su marido, Lucio Publicio Trófimo²⁸. Se ha llegado a decir que el progreso de la mujer dentro de la sociedad romana, entre el final de la República y el principio del Imperio, sólo ha tenido parangón con el vivido en Europa y América del Norte durante la segunda mitad del s. XX²⁹. De este modo, en los siglos IV y V, proliferarán destacadas mujeres en ámbitos cristianos, como Paula, Eustoquia, Marcela, Valeria Melania o su abuela Melania la Vieja. En el s. III, durante la época de los Severos, el emperador Elagabal (Heliogábalo) será el títere de un gobierno con destacada presencia femenina. En paralelo, tal como relata Tácito un suceso del año 61 d.C., el común de la sociedad romana se mostraba cada vez más compasivo hacia los esclavos, a pesar de las reticencias de la clase senatorial³⁰.

A grandes rasgos, hay similitudes fundamentales entre la actitud de Séneca hacia la mujer y la contenida en las epístolas del Nuevo Testamento y en los escritos de la patrística: si bien la esposa se halla bajo la autoridad del *pater familias*, este ha de mostrarle afecto y respeto³¹. Asimismo, el hombre debe admirar a su mujer por sus virtudes y discreción, prefiriendo estas aptitudes a la belleza física, las artes eróticas o el maquillaje³². Octavia, esposa de Nerón, podía encarnar ese modelo de cónyuge, dentro de la mentalidad expuesta en la tragedia homónima. Sin embargo, Nerón la repudiará para casarse con la «pérfida» Popea³³.

²⁸ Vid. *CLE* 1588 = *CIL*. III suppl. 9302.

²⁹ Sullivan 2004, pp. 192-193.

³⁰ Cf. Tac. *ann.* 14:42-45.

³¹ Col 2:18-19, Eph 5:25-33.

³² Cf. Sen. *Helv.* 16.3-4; 1Petr 3:1-6; Clem. Al. *paed.* 3.64; *AL* 458; Hieron. *ep.* 107.5.

³³ Tac. *hist.* 1.13, *ann* 13.45; Suet. *Ner.* 35.3.

Por su parte, y con una perspectiva menos conservadora, Ovidio representa una actitud de franco interés hacia la mujer y de pleno acercamiento a su psicología, como muestra en la obra *Cartas de las heroínas* y en los poemas que dedica a su esposa dentro del libro *Tristezas*, compuesto en el exilio junto al Mar Negro. En *Cartas de las heroínas* el poeta recrea, desde una voz plenamente femenina, un epistolario que personajes como Penélope o Dido escriben a sus amados. Se trata de textos repletos de riqueza emocional y en que las mujeres reprochan sin ambages a Ulises o Eneas sus defectos y faltas. En otros libros, Ovidio sabe ponerse en el lugar de la mujer que experimenta un orgasmo³⁴ y asegura que aborrece el sexo que no proporciona igual placer al hombre y la mujer, pues se complace en escuchar los gemidos de deleite de la amada³⁵ — en cambio, también dice que la mujer disfruta de padecer violencia sexual³⁶ —.

Dentro de la mentalidad romana, y de su concepción familiar, y por tanto de la consideración de los niños y de las mujeres, destaca el relato — de carácter quizá más legendario que histórico — de la violación de la casta Lucrecia por Sexto Tarquinio, hijo del rey. Tras padecer semejante abuso, Lucrecia confesó todo lo ocurrido y, no pudiendo soportarlo, se suicidó. Este lamentable acontecimiento acarreó una inmediata rebelión que desembocó en la expulsión de los reyes³⁷. Livio, al relatarlo, insiste en destacar la virtud de Lucrecia³⁸. En este punto no interesa tanto contrastar la realidad histórica del pasaje, como evidenciar los valores con que se identificaban los romanos. Queda claro que hay una vinculación reiterada entre la virtud familiar — lo que incluye el cariño y ternura hacia los niños y la madre — y la nación o el Estado. Podría

³⁴ Cf. *Ov. met.* 9:482-484.

³⁵ Cf. *Ov. ars* 2:682-690.

³⁶ Cf. *Ov. ars* 1:273-276, 1:673-680.

³⁷ *Liv.* 1.58-60.

³⁸ *Liv.* 1.57:10, 58:5, 59:1.

decirse que la castidad de Lucrecia condujo a la *libertas*³⁹, según la mentalidad republicana. Es más; tal era la repugnancia que la monarquía les inspiraba, y tal ese concepto de *libertas*, que ningún emperador usará el título de *rex*, aun siendo evidente que, después de la batalla de Actium, Roma es una suerte de monarquía tendencialmente absoluta. Por otra parte, la tradición aseguraba que Coriolano (s. V a.C.) sólo había desistido del intento de asaltar su Roma natal, cuando su madre y esposa se lo rogaron⁴⁰.



3. Retrato en encáustica procedente de Fayum de mujer vestida de púrpura (s. II).

Hijos biológicos, adoptados, esclavos

La referencia a las tradiciones de los antepasados señala un modelo que, a grandes rasgos, se considera el elogiado, aun cuando no sea imitado de manera estricta por el común de la sociedad. Si bien la Antigüedad resulta diversa en sensibilidades, se asume que hay un ideal, al menos en el ámbito de las elites o de lo que se considera como identidad «nacional» o tradicional. El anhelo de las antiguas virtudes aparece con frecuencia en autores cultivados que sienten un cierto desapego con respecto de la plebe, la ciudad, los lujos, lo «moderno». Por ejemplo, Séneca visita una mansión y dice que el baño es

³⁹ Cf. Tac. *ann.* 1.1; Liv. 2.1:1-2.

⁴⁰ Cf. Eutr. 1.15.

LA EDAD DE LAS NUECES



Los niños que vivían en tiempo de los césares de Roma ¿jugaban a ser generales, gladiadores o aurigas del circo? ¿Cómo eran las muñecas a las que cuidaban las niñas? ¿Qué solían hacer, tanto niños como niñas, con un puñado de nueces? ¿Ayudaban a sus padres en el trabajo, fuera y dentro de casa? ¿Qué aprendían en la escuela? ¿A partir de qué momento se consideraba que dejaban de ser niños?

En *La edad de las nueces*, José María Sánchez Galera nos da a conocer, a través de la literatura, el arte y la arqueología, lo diferentes o parecidos que eran los niños de la Antigüedad clásica y los de nuestro tiempo. Describe cómo eran sus juguetes, qué significaba su nacimiento, a qué tipo de escuela iban. Desentraña los procesos sociales e históricos, señala los cambios, continuidades y alteraciones que supuso para la infancia el surgimiento del cristianismo dentro del Imperio romano.

Se trata, pues, de un ensayo en el que se da voz a los niños de la Antigüedad. Como asegura en el prólogo Gregorio Luri, «quizás los lectores jóvenes puedan creer que este libro trata de tiempos remotos; pero eso solo indicaría lo lejos que están de la infancia de sus abuelos».



ISBN: 978-84-1339-057-4



9 788413 390574